

¡La ciencia no habría cumplido lo que ha prometido! ¿Cuándo ha prometido nunca otra cosa que observar lealmente y atentamente los fenómenos, y en lo posible, determinar las condiciones en las cuales se producen? ¿Y no ha cumplido esta promesa? ¿No la está cumpliendo de continuo? El que ha esperado de ella que de la noche á la mañana explique todo el mecanismo del universo como un prestidigitador explica sus tramoyas que pretende ser maravillosas, no tiene ninguna idea de la misión real de la ciencia. La ciencia no se permite ningún salto, ningún vuelo; avanza paso á paso, tiende lentamente y pacientemente un puente sólido sobre lo desconocido, y no puede lanzar un arco nuevo sobre el abismo antes de haber asentado un nuevo pilar en la profundidad y haberle elevado hasta la altura deseada.

Mientras tanto, la ciencia no habla de la causa primera de los fenómenos, cuando todavía tiene por estudiar un número tan grande de causas próximas. Bastantes representantes de los más eminentes de la ciencia llegan hasta á declarar que la causa primera no será nunca el objeto de la investigación científica y la llaman, con Heriberto Spencer, «lo incognoscible», ó prorrumpen, con Du Bois-Reymond, en el desalentado: *¡Ignorabimus!* Pero ambos, en esta ocasión, proceden de una manera completamente anti-científica, y prueban sencillamente que hasta pensadores claros como Spencer y sabios prudentes como Du Bois-Reymond, se encuentran todavía bajo el yugo de la fantasía teológica. La ciencia no puede hablar de un incognoscible sea el que quiera, puesto que esto presupondría que se halla en estado de determinar exactamente los límites de lo cognoscible, lo cual no puede hacer, dado que cada nuevo descubrimiento los lleva más allá; la hipótesis de un incognoscible implica además la admisión del hecho que hay algo que no podemos conocer; ahora bien: ó tenemos, para poder afirmar seriamente la existencia de este algo, que tener de él un conocimiento

cualquiera, por ligero y poco preciso que sea, lo que probaría entonces que ese algo no puede ser incognoscible, puesto que lo conocemos efectivamente, y nada en este caso justificaría la afirmación *a priori* que nuestro conocimiento actual del objeto por escaso que sea, no se ensanchará ni se profundizará jamás; ó bien no tenemos ninguna idea, ni aun la más ligera, de lo incognoscible del filósofo, y en este caso no puede existir para nosotros; toda la noción descansa sobre la nada, y la palabra es una creación ociosa de la fantasía que se echa á volar. Podemos decir otro tanto del *Ignorabimus*; es lo contrario de la ciencia; no es la conclusión lógica de premisas bien fundadas, no es el resultado de la observación, sino una profecía mística. Nadie tiene el derecho de dar como siendo hechos, indicios acerca del porvenir; la ciencia puede indicar lo que sabe hoy; puede también designar exactamente lo que no sabe; pero decir lo que sabrá ó no sabrá un día, eso no es su función.

A buen seguro, el que exige de la ciencia que responda imperturbable y audazmente á todas las preguntas de los espíritus ociosos ó inquietos, será necesariamente desengañado por ella, puesto que ni quiere ni puede satisfacer sus exigencias. La teología, la metafísica, tienen naturalmente un papel más fácil; inventan un cuento cualquiera y lo lanzan al público con una seriedad atolondrada; si hay quienes no quieren creerles bajo palabra, insultan y amenazan al cliente indisciplinado, pero no pueden probarle nada, no pueden obligarle á tomar como dinero contante y sonante sus pamplinas y cuentos de vieja. La teología y la metafísica no pueden nunca ser puestas en apuro; nada les cuesta añadir más palabras á sus palabras, juntar á una afirmación arbitraria otra afirmación, amontonar un dogma sobre otro dogma. El espíritu serio y sano, ávido de conocimiento real, no tendrá nunca la ocurrencia de pedir que se lo proporcione á la metafísica ó á la teología; á éstas se dirige solamente el cerebro de

niño cuyo deseo de saber ó más bien la curiosidad queda plenamente satisfecha por el tono suavemente adormecedor de un cuento de nodriza.

La ciencia no entra en rivalidad con la teología y la metafísica. Cuando éstas afirman que pueden explicar el fenómeno cósmico, la ciencia muestra que estas pretendidas explicaciones son pura charlatanería; en cuanto á ella, la ciencia se guarda naturalmente de substituir á un absurdo demostrado otro absurdo; dice modestamente: «he aquí un hecho, he aquí una hipótesis, he aquí una suposición; sólo un embaucador da más de lo que tiene». Si esto no les basta á los neo-católicos, no tienen más que sentarse y buscar por sí mismos nuevos hechos que les ayudarán á aclarar las tinieblas angustiosas del fenómeno cósmico. Sería esa una prueba de verdadera sed de saber; en la mesa de la ciencia hay sitio para todos, y cada uno de los que se asocian á las observaciones comunes es el bienvenido. Pero esta idea no se les ocurre ni siquiera en sueños á esos pobres de espíritu que repiten como papagayos lo de «la bancarrota de la ciencia». ¡Charlar es de tal modo más fácil y cómodo que buscar y encontrar!

Sí, es verdad; la ciencia no cuenta nada de una vida después de la muerte, de conciertos de arpas en el Paraíso, ni de la transformación de congrios y chochas histéricas en ángeles vestidos de blanco, con alas irisadas. Se contenta, á fuer de infinitamente más llana y prosaica, con suavizar la existencia terrestre del hombre; disminuye el término medio de la mortalidad y prolonga la vida del individuo que no la contrarresta con sus propias locuras anti-higiénicas, suprimiendo las causas de enfermedades reconocidas; crea nuevas comodidades y facilita la lucha contra las fuerzas destructoras de la naturaleza. El simbolista que después de una intervención quirúrgica se ve preservado por la asepsia de la supuración, de la gangrena y de la muerte; que se protege contra la fiebre ti-

foidea con ayuda de un filtro Chamberland; que dando negligentemente una vuelta á una llave, inunda su cuarto de luz eléctrica; que, valiéndose del teléfono, conversa más allá de los mares con un ser querido—el simbolista debe todo eso á esa ciencia que, á creerle á él, ha hecho bancarrota, y no á la teología á la cual afirma que quiere volver de nuevo.

Exigir de la ciencia que no dé solamente aclaraciones reales, aunque limitadas, y no ofrezca solamente beneficios palpables, sino que resuelva hoy, al instante, todos los enigmas, que haga al hombre onmisciente, feliz, bueno—eso es absurdo. Semejante exigencia, la teología y la metafísica nunca la han satisfecho: es sencillamente la forma intelectual de esa loca presunción que en el terreno material se manifiesta por la sed de goces y el odio del trabajo. El hombre sin posición social fija que aspira á disfrutar del Champagne y de las mujeres, al ocio y á los honores, y que acusa al orden social porque no da satisfacción á sus desordenados apetitos es hermano del simbolista que reclama la verdad y rechaza á la ciencia porque ésta no le presenta á aquélla sobre una bandeja de oro. Uno y otro revelan la misma inaptitud para penetrarse de la realidad del universo y para comprender que no es posible alcanzar, sin trabajo físico, la fortuna, y sin esfuerzo intelectual, la verdad. El hombre honrado que arranca penosamente sus dones á la naturaleza; el sabio laborioso que abre, con el sudor de su frente, las fuentes del conocimiento, inspiran el respeto y una calurosa simpatía; no se puede, por lo contrario, sentir más que desprecio hacia los desocupados descontentos que esperan la riqueza de un número de la lotería ó de la herencia de un tío, y el conocimiento, de una revelación que ha de venir á iluminarlos sin ningún esfuerzo por su parte, en su café habitual, en el momento en que están ocupados en apurar sus bocks.

Los infelices majaderos que insultan á la ciencia la

echan también en cara el haber destruído el ideal y privado á la vida de su valor. Este reproche no es menos estúpido que la imputación de bancarrota. No puede haber ideal más alto que el acrecentamiento del conocimiento. ¿Qué leyenda de los santos es tan hermosa como la vida de un sabio que pasa su existencia encorvado sobre su microscopio, casi sin necesidades físicas, conocido y estimado de pocas gentes, trabajando únicamente para satisfacción de su conciencia, sin otra ambición que la de establecer acaso un solo nuevo hecho por pequeño que sea que un sucesor más feliz utilizará para una brillante síntesis y engastará como una piedra de talla en un monumento de la ciencia de la naturaleza? ¿Qué cuento religioso ha inflamado más sublimes mártires en el desprecio de la muerte, que un Gehlen, que sucumbe envenenado al preparar el hidrógeno arsenioso descubierto por él; que un Crocé-Spinelli, que encuentra la muerte en el globo que subió demasiado rápidamente, mientras él observaba la presión atmosférica, por no mencionar á un Erenberg, que el trabajo de toda su existencia acabó por dejar ciego, á un Hyrtl, cuyas preparaciones anatómicas al sublimado corrosivo casi le destruyeron la vista, á los médicos que se inoculan enfermedades mortales, á la legión casi incalculable de los viajeros que se lanzan á los descubrimientos en el Polo Norte y en el interior de los continentes negros? Y un Arquímedes ¿no ha encontrado realmente valor á la vida, cuando conjuraba así á los militares de Marcellus: «No destruyáis mis círculos?» La verdadera y sana poesía, por su parte, ha reconocido siempre esto, y sus figuras más ideales no son un hombre devoto mascullando rezos con labios que babea, y contemplando, con la mirada convulsa, una visión alucinatoria, sino un Prometeo y un Fausto que luchan por la ciencia, es decir por el conocimiento exacto de la naturaleza.

La afirmación de que la ciencia no ha cumplido lo que ha prometido y que la generación ascendente se

aparta de ella por esta razón, no resiste ni un momento á la crítica; es una afirmación puramente *sin ton ni son*; este punto de partida del neo-catolicismo es absurdo, aunque los mismos simbolistas asegurasen una y cien veces que la repugnancia hacia la ciencia era lo que les había convertido en místicos. Las alegaciones que hasta un espíritu sano da sobre los móviles reales de sus acciones no deben ser utilizadas sino con la más prudente crítica; las que presenta un degenerado son absolutamente inutilizables, puesto que en él las impulsiones de acción y de pensamiento provienen de lo inconsciente, y la conciencia inventa después *á posteriori*, para las ideas y los actos de los cuales ignora la real procedencia, razones especiosas y hasta cierto punto plausibles. En todos los libros que tratan de la sugestión, se citan casos correspondientes al caso típico de Charcot: se sume á una histérica en el sueño hipnótico y se la sugiere que al despertarse ha de dar de puñaladas á uno de los médicos presentes; se la despierta, coge el puñal y se precipita sobre la víctima designada; la arrancan el arma y la preguntan por qué quiere matar al médico; la enferma responde sin vacilar: «porque me ha causado perjuicios»; nótese bien que le veía por primera vez en su vida. Esta enferma sentía, estando despierta, la necesidad de matar al médico; su conciencia no tenía ninguna idea de que esta necesidad le había sido sugerida en el estado hipnótico. Que no se mata nunca sin motivo, es cosa que sabe la conciencia; obligada á encontrar el móvil de la tentativa de muerte, la conciencia acude inmediatamente al único razonable en el caso dado y se imagina que ha llegado á la idea de cometer una muerte para vengarse de un perjuicio sufrido.

La hipótesis de M. Paul Janet sobre la doble personalidad ofrece una explicación de este fenómeno de la vida psíquica: «Todo hombre, dice, presenta dos personalidades: una consciente y otra inconsciente; en el hombre normal son iguales, completas las dos, equilibradas; en el

histérico son desiguales, desequilibradas; una de las dos personalidades, la primera generalmente, es incompleta, la otra permanece perfecta ¹). La personalidad consciente tiene la misión ingrata de inventar motivos para los actos de la inconsciente; es como en el conocido juego en que una persona hace los gestos mientras que otra dice las palabras correspondientes. En el degenerado desequilibrado la conciencia asume el papel de una madre un tanto simiana que sabe encontrar excusas para las estúpidas y malignas travesuras de un niño mal criado; la personalidad inconsciente comete locuras y malas acciones, y la consciente, que asiste á ello impotente y no puede impedir las, trata de atenuarlas con toda clase de pretextos.

La causa del movimiento neo-católico no es pues que la juventud tenga que reprochar nada á la ciencia ó quejarse de ella en modo alguno. MM. de Vogüé, Rod, Desjardins, Paulhan, que asignan semejante base al misticismo de los simbolistas, le atribuyen arbitrariamente un origen que no tiene; su misticismo es exclusivamente imputable al estado de degeneración de los inventores de dicha tendencia; el neo-catolicismo tiene su raíz en la emotividad y el misticismo, estos dos estigmas los más frecuentes y los más característicos de los degenerados.

Que también en Francia, en el país de Voltaire, el misticismo de los degenerados haya revestido frecuentemente la forma del fervor religioso, es cosa que puede, á primera vista, parecer extraña; pero el examen de las condiciones políticas y sociales del pueblo francés durante los últimos períodos decenales hará fácilmente comprender este hecho.

La gran Revolución proclamó tres ideales: Libertad, Igualdad y Fraternidad. La fraternidad es una palabra inocente que no tiene significación real, y por consiguiente

¹ Paul Janet, *La Histeria y el Hipnotismo, según la teoría de la doble personalidad*. Revista científica, 1888, primer volumen, página 616.

no molesta á nadie; en cuanto á la libertad, es desagradable para las clases superiores, que se quejan mucho de la soberanía del pueblo y del sufragio universal; pero soportan, sin embargo, sin demasiada molestia una situación atenuada, después de todo, por una administración curialesca, la tutela policiaca, el militarismo y la gendarmería y en la cual el populacho está todavía atado bastante corto. Pero la igualdad es para la clase poseedora una abominación insoportable; es la única conquista de la gran Revolución que haya sobrevivido á todas las transformaciones posteriores del régimen político, y haya quedado viva en el pueblo francés. Porque de la fraternidad, el francés no sabe gran cosa; su libertad, ya lo hemos dicho, tiene con frecuencia por símbolo una mordaza; pero la igualdad la posee efectivamente y está firmemente adherido á ella; el último de los vagabundos, el rufián de las grandes ciudades, el trapero y el mozo de cuadra se creen valer tanto como el aristócrata de sangre azul, y se lo dicen sin rodeos en su misma cara, cuantas veces se presenta la ocasión. Los motivos del fanatismo igualitario de los franceses no son especialmente nobles; no resulta de un sentimiento de altiva virilidad ni de una afirmación de su propio valer, sino de una baja envidia y de una intolerancia malsana. ¡Nada tiene que sobresalir del nivel! ¡Nada ha de ser mejor, más bello ó tan sólo colocado más alto que la vulgaridad del termino medio! Ahora bien; en contra de este prurito de igualitarismo, se rebelan con una violencia apasionada las clases superiores, y ante todo las que la gran Revolución ha elevado á la cima.

Los nietos de los siervos rurales que saquearon y destruyeron los castillos señoriales, degollaron cobardemente á sus habitantes y se apoderaron de sus tierras; los descendientes de los tenderos y de los zapateros remendones de las ciudades que se enriquecieron gracias á la política de las plazuelas y de los clubs, á la especulación sobre los bienes nacionales y los asignados, como también á los

fraudes en los suministros militares, no quieren que se les confunda con la muchedumbre; quieren formar un Estado privilegiado; quieren que se les reconozca como una casta superior. Buscaron con este objeto una señal distintiva que hiciera ver inmediatamente en ellos á los miembros de lo más florido de la sociedad y la encontraron en el clericalismo.

Se comprende esta preferencia. La muchedumbre, sobre todo las de las ciudades, es en Francia absolutamente incrédula, y la vieja nobleza histórica que en el siglo XVIII se engrería de su irreligión, ha salido muy piadosa del cataclismo de 1789, porque comprendió ó sospechó la relación íntima entre las ideas y símbolos antiguos de la fe, la realeza y la nobleza feudal. Por su clericalismo, los advenedizos establecían pues á la vez un contraste entre ellos y la muchedumbre de la cual querían separarse, y una semejanza con la casta en el seno de la cual ardían en deseos de deslizarse ó de hacer irrupción.

La experiencia enseña que el instinto de conservación es con frecuencia el peor consejero en las situaciones peligrosas; el hombre que no sabe nadar y que se cae al agua, levanta involuntariamente los brazos, lo cual tiene por resultado que la cabeza se hunde y que se ahoga, mientras que mantendría la boca y la nariz fuera del agua si dejara tranquilament: los brazos y las manos debajo de ella; el mal jinete que no se siente seguro de sí mismo sube ordinariamente las piernas y se cae infaliblemente, mientras que conservaría verosímilmente el equilibrio si las mantuviera extendidas. De este modo, la burguesía francesa, que sabe perfectamente que ella es quien se ha apoderado de los frutos de la gran Revolución y ha enviado á paseo con las manos vacías al cuarto estado que la hizo él sólo, ha escogido, al tomar el clericalismo como tradición social, el peor de los medios para mantenerse en posesión de los bienes y privilegios mal adquiridos y para sustraerse al igualitarismo contra naturaleza.

Al hacer esto, alejó de ella á los espíritus más inteligentes, más vigorosos y más cultivados, y empujó al socialismo á muchos jóvenes que, siendo radicales en materia de pensamiento filosófico, pero conservadores bajo el punto de vista económico y poco apasionados por la igualdad, se hubieran convertido en una fuerza protectora de una burguesía librepensadora. El socialismo, con efecto, al lado de sus doctrinas económicas radicales y de sus teorías igualitarias imposibles, representa la emancipación del pensamiento.

Pero no nos toca juzgar aquí si el mimetismo religioso de la burguesía francesa, destinado á hacerla semejante á la nobleza histórica, ejercerá ó no la acción protectora esperada; establezco sencillamente el hecho de este mimetismo. Tiene por resultante que todos los ricos advenedizos que se las echan de grandes señores envían á sus hijos á las escuelas de jesuítas. Ser educado por los jesuítas es una señal de casta, casi como formar parte del *Jockey Club*. Los antiguos alumnos de los jesuítas forman una francmasonería negra que protege con celo á sus patrocinados en todas las carreras; los casa con muchachas ricas, acude en su ayuda en las situaciones escabrosas, oculta sus faltas, echa tierra á los escándalos, etc. Ahora bien; los jesuítas son los que en estos últimos años han tomado á empeño inculcar su propia manera de pensar á la juventud dorada de Francia que les ha sido confiada. Los jóvenes estos llevaron á las escuelas católicas un cerebro hereditariamente defectuoso é inclinando por consiguiente al misticismo, y las escuelas de que se trata no tardaron en dar al pensamiento místico de los jóvenes degenerados el color religioso. No consignamos una hipótesis arbitraria, sino un hecho: M. Charles Morice, el teorizante estético y el filósofo de los simbolistas, ha recibido, según atestiguan sus amigos, su educación en los colegios de jesuítas¹; así como MM. Luis Le Cardonnel; En-

¹ Morhardt, *op. cit.*, pág. 769.

rique de Regnier y otros. Los jesuitas han encontrado la frase de la «bancarota de la ciencia», y sus alumnos la repiten como papagayos, porque encierra una explicación plausible de su fantasear religioso, cuyas verdaderas razones orgánicas no conocen, y que por otra parte no comprenderían aun en el caso que las conocieran. «Vuelvo á la fe porque la ciencia no me satisface», esa es una cosa que se puede decir; hasta tiene buen tono, puesto que deja sospechar la sed de la verdad y la noble preocupación por los grandes problemas. Por el contrario, difícilmente nadie confesará esto: «Me siento apasionado por la Santísima Trinidad y la Santa Virgen, porque soy un degenerado y mi cerebro es incapaz de atención y de pensar con claridad».

Que el argumento de los jesuitas, tal como lo exponen MM. de Vogüé, Rod y otros, haya podido encontrar también crédito fuera de los círculos eclesiásticos y de los jóvenes degenerados, hasta el punto que hoy se oye repetir á los espíritus semi-cultos: «la ciencia está vencida; á la religión pertenece el porvenir», es cosa estrechamente ligada á las idiosincrasias de la muchedumbre. Esta no se remonta nunca á los hechos, sino que repite las frases hechas que ha oído decir; si tuviera en cuenta los hechos, sabría que el número de las Facultades de ciencias, de los profesores y de los discípulos, de las revistas y libros, de los suscriptores y lectores, de los laboratorios, de las sociedades científicas y de las comunicaciones á las Academias, aumenta de año en año. Puede probarse con cifras que la ciencia, lejos de perder terreno lo va ganando continuamente; pero á la muchedumbre no se le importan estadísticas precisas; deja tranquilamente que unos cuantos periódicos escritos principalmente para que los lean miembros de círculos y rameras doradas y en los cuales los alumnos de las escuelas católicas han hallado acceso, la sugieran la idea de que la ciencia retrocede ante la religión. De la ciencia misma, de sus premisas, mé-

todos y resultados, la muchedumbre nunca ha sabido nada; en un momento dado, la ciencia ha estado á la moda; por aquel tiempo los periódicos escribían diariamente: «Vivimos en una época científica»; las noticias del día daban cuenta de los viajes y de los matrimonios de los sabios, las novelas de folletín hacían ingeniosas alusiones á Darwin, los inventores de bastones elegantes y de perfumes bautizaban á sus productos «perfume de evolución», ó «juncos de selección», y las gentes que presumían sin fundamento de cultura tomaban en serio su papel de fanfarrones del progreso y de la emancipación intelectual. Hoy los círculos sociales que dan el tono de la moda y los periódicos que tratan de serles agradables, decretan que ya no es la ciencia, sino la fe lo que constituye el *chic*; inmediatamente las noticias de las publicaciones del boulevard se consagran á contar anécdotas picantes acerca de los predicadores, en los folletines se cita *la Imitación de Jesucristo*, los inventores se presentan con ricos reclinatorios y recomendables rosarios, y el *filisteo* siente con profunda unción la flor maravillosa de la fe germinar y abrirse en su corazón. En cuanto á sus adeptos reales, la ciencia no ha perdido ni uno sólo; en desquite, es natural que la plebe de los salones, para la cual nunca ha sido más que una cuestión de moda, le vuelva la espalda, obedeciendo el más mínimo mandato de un sastre ó de una modista.

He ahí por lo que se refiere al neo-catolicismo que se quiere presentar, sea por razones de partido, sea por ignorancia y por snobismo, como un movimiento intelectual serio de la época.

Mas el simbolismo no pretende ser solamente una vuelta á la fe, sino también una nueva teoría del arte y de la poesía. Examinemos pues igualmente este lado de su esencia.

Si queremos ante todo saber lo que los simbolistas se representan con el nombre de símbolo y de simbolis-